

“Paisajes peruanos” de José de la Riva-Agüero

Cuando yo era estudiante de Humanidades, hace más de dos décadas, en los albores de este siglo, se hablaba con entusiasmo de *la nueva izquierda* y como parte de ello había quien decía, en la mesa de una cafetería de presumidos [seudointelectuales](#) (tal como éramos por entonces): *hay que releer a Mariátegui*. Ahora, en estos tiempos en los que se habla de *el peligro de la derecha*, habría que reformularlo y decir: *Hay que releer a Riva-Agüero*. Básicamente porque, tal como ocurrió cuando alguien intentó volver a leer a Mariátegui veinte años atrás, se descubrirá que o no se ha leído realmente a Riva Agüero o no se le ha entendido. He allí la pertinencia de esta completa edición de [Paisajes peruanos](#), la cual llena un vacío que nos invita a leer al intelectual, literato y viajero a nueva luz y, seguramente, cuestionar algunas asunciones.

En primer lugar, conviene destacar la apasionada presentación del volumen, en la cual se expone la larga historia de la relación entre el editor, [Jorge Wiese](#), y la figura de José de la Riva-Agüero, a través de la casona donde se halla el instituto homónimo, los maestros de la juventud y la labor de décadas reflexionando y recopilando hallazgos en torno al autor y el texto de *Paisajes peruanos*. Escrita con prosa burilada (la cual caracteriza todo el estudio preliminar, pero aquí, por ser menos analítica, se destaca), la presentación es también un tributo de gratitud al *alma mater* a través de la comunidad de personas que la ha mantenido viva y nutricia. El editor podría hacer suyos aquellos versos del romancero que empleaba [Cervantes](#) al final de su novela: *porque esta empresa, buen rey, / para mí estaba guardada*.



El estudio introductorio ofrece todos los materiales para ingresar al universo de Riva-Agüero, como intelectual, viajero y escritor, así como a la génesis y composición de *Paisajes peruanos*. Entre los varios méritos de dicho estudio, conviene destacar el minucioso análisis del texto como ejemplo de relato de viajes, deteniéndose en sus recursos compositivos, tanto alrededor de tipos discursivos practicados (el ensayo, la descripción, la narración, etc.), como de las figuras retóricas y el ritmo mismo de la prosa, auscultando, digamos, la *textura* del libro como artefacto lingüístico. Este pormenorizado análisis es el que puede también darle al lector las coordenadas adecuadas para examinar el significado de [Paisajes peruanos](#), desde su poética y las miras ideológicas de su autor. El estudio revela que, en ese aspecto, materia y forma son indisolubles, y que muchas interpretaciones llamativas o de plano retorcidas (con las que el editor dialoga con encomiable cortesía) provienen de esa ignorancia.

Así, gracias a la generosa introducción de Jorge Wiese, se entiende que *Paisajes peruanos* es un texto complejo o *polifónico*, con el cual su autor canalizó múltiples intereses: la historia del Perú, la experiencia del viaje, el encuentro con *el otro*, el ejercicio literario (su prosa abraza una estética modernista aún deleitosa) y, más importante inclusive, su reflexión sobre el país a través de la observación del espacio (a pique de volverse circunstancia *orteguiana* como anota Wiese). Junto a una prosa agradable y notas de viajero curioso, *Paisajes peruanos* posee momentos de dura crítica al marasmo y la pobreza que el autor encuentra a su paso. Como los miembros de la [Generación del 98](#), esta realidad lo lleva a los juicios más severos en torno a la clase dirigente (su propia clase, en verdad, a propósito de la evocación de la batalla de Ayacucho en 1824 y la fallida Constitución de Huancayo de 1839), su inacción y el desamparo en el que han quedado estos pueblos andinos y sus gentes, los indígenas, cuya situación no deja de denunciar. Queda claro que para Riva-Agüero, hacia el primer centenario de la independencia, hay un proyecto o promesa incumplida: un país con un legado histórico y cultural riquísimo, que perdió el rumbo de ser líder en la región (por su pasado de centro del poder colonial), por incompetencia de sus *aristócratas* (en el sentido griego del término) que no acaban de entender que se trata de un país mestizo, en el que lo indígena ha de ser redimido y valorado. Este proyecto de un sujeto peruano que encarne el *mestizaje armonioso* (es el ribete que se suele identificar con la postura “hispanista” de Riva-Agüero) no significa una visión acrítica del pasado o la temida *aculturación* que apuntaba [Arguedas](#), sino un proceso que, inclusive, habría de darle primacía a lo indígena cuando hubiera alcanzado su justo reconocimiento y redención. Para el autor de *Paisajes peruanos*, es indiscutible que el *verdadero Perú* está en la Sierra y que la Confederación Perú-Boliviana, con Santa Cruz a la cabeza (tan odiado por Pardo Aliaga y la famosa *argolla*), fue una ocasión perdida. De esa forma, la voz que se extrae de *Paisajes peruanos* en torno al indígena y su condición no es muy diferente, en su severidad, a la de los indigenistas clásicos, con quienes identificamos más estos reclamos. Como recuerda Wiese, el Riva-Agüero que ha pasado a la memoria colectiva de la tradición crítica (o a nuestro particular [diccionario de lugares comunes](#)) es aquel conservador ministro del general Benavides con simpatías fascistas, el cual ha ensombrecido a esta voz, más bien liberal y reformista, de *Paisajes peruanos*.

Otra de las complejidades del libro es su propia historia editorial. Estas notas del viaje efectuado en 1912 se reúnen en un primer momento entre 1916 y 1917, y fueron publicándose, fragmentariamente, a lo largo de los años, en tanto algunas secciones o pasajes debieron emplearse para formar parte de otros textos que en paralelo Riva-Agüero fue sacando. A su regreso al Perú, tras la caída de Leguía, el autor se da a la tarea de revisar sus papeles y elaborar una versión orgánica que no llegará a publicar en vida. En su “Advertencia preliminar”, firmada en Chorrillos en 1931, Riva-Agüero señala la dificultad que encontraba al enfrentar su texto y quizás también su ansiedad con vistas a una publicación: *Mi gusto literario actual halla algunos de estos paisajes en exceso estrepitosos y declamatorios; pero fueron impresiones directas y sinceras, y sirven cuando menos para probar que mi generación no ignoró, y antes bien sintió y apreció con bastante justedad, la antítesis física y psíquica de las regiones serrana y costeña, tan explotada y exagerada por los escritores de hoy.*

En otras palabras, el autor es consciente de que el estilo del libro pertenece a otra época (es modernista, teme sonar anticuado; a su vez que el tono declamatorio obedecería a una vocación política, lejana ahora, que formaba parte del impulso del viaje y sus observaciones). Pese a ello, justifica volver a esta obra de juventud para cuestionar eso que ahora llamaríamos *el relato*, a saber: que las preocupaciones de la agenda indigenista ya existían y habían sido abordadas antes con similar ímpetu. El libro, entonces, había sido pionero en explorar ese tema, aunque ahora no lo pareciera pues todo autor *engagé* escribía de eso. De hecho, lo de *tan explotada y exagerada por los escritores de hoy* recuerda a las reservas que el indigenismo pictórico le generaba a [César Moro](#), por repetir clichés (véase su ensayo *A propósito de la pintura en el Perú*).

Por todas estas razones, *hay que releer a Riva-Agüero*, empezando con estos *Paisajes peruanos* remozados, pues el texto que se edita es nuevo, proveniente de uno de los testimonios del manuscrito chorrillano y no el texto fijado por Porras Barrenechea, el cual han seguido todas las ediciones posteriores (y por ende es, prácticamente, el que todos habíamos leído hasta ahora). A esa novedad, hay que añadir que son *Paisajes* primorosamente editados, con puntuación interpretativa, notas que amplifican las del propio Riva-Agüero o que ilustran determinada voz o dan detalles de la flora o del objeto descrito. De la

mano de su esmerado editor, leamos a este Riva-Agüero en serio, es decir, de verdad, sin [sospechas](#) innecesarias, y con el debido contexto que nos ayude a entenderlo. Quizás de esa forma aproximamos posiciones, lo apreciamos en su justa medida y resulta que el monstruo conservador no era ni tan monstruoso ni tan conservador como proclamaron los que no lo habían leído o, peor, lo habían leído solo para confirmar sus propios prejuicios: lo primero es ignorancia y se puede tolerar, pero lo segundo es mala intención e ingratitud para con el autor.

Nota bene: esta bitácora regresará el 15 de enero.



Autor: orodeindias

Disce, puer, uirtutem ex me uerumque laborem, fortuna ex aliis

[Lee todas las entradas de orodeindias](#)